

TENSIÓN SOCIAL EN SANT ROC

Los olvidados de Badalona

Cuatro familias relatan su día a día en uno de los barrios con más inmigración de Catalunya, cuyos problemas de convivencia agitó el PP con la distribución de su folleto xenófobo. Castellanos y andaluces, gitanos españoles, gitanos rumanos y paquistanís conviven entre el acercamiento y la desconfianza.

POR DAVID PLACER

Cuando los gitanos del Somorrostro abandonaron sus chabolas en medio de la playa de la Barceloneta y se mudaron, hace más de 40 años, a los pisos de Sant Roc, eran vistos con cierta desconfianza por el resto del vecindario. Su alto tono de voz, sus peleas y la basura que tiraban en la calle no gustaban a las familias castellanas y andaluzas, también muy pobres. La mayoría de esos payos no esconden que tenían miedo de sus nuevos vecinos. Cuatro décadas después, la historia se repite y, tras haber obtenido pisos de protección oficial a precios muy bajos, ayudas y becas, las familias gitanas perfectamente integradas en el barrio sienten temor hacia los recién llegados. «Ya no salgo a la calle de noche. Tengo miedo y por aquí no pasa la policía. Aquí ya no conozco a nadie», explica El Chele, un anciano gitano catalán muy conocido en el barrio. Sus nuevos vecinos son de Pakistán, Marruecos, Puerto Rico y Rumanía.

Sant Roc, con sus bloques uniformes que arañan la autopista C-32, parece un barrio tranquilo. Y lo es, según casi todos sus habitantes. Pero sus peculiaridades lo suelen colocar en el ojo del huracán. En lo que va de año, se han quemado más de 20 coches, han secuestrado a un barrendero que barrió una bolsa con droga escondida en un parque y unos 60 bares han sufrido robos en los últimos meses. El barrio también saltó a todos los telediarios por un cartel en una escalera de vecinos con un mensaje demoleedor: «No queremos rumanos», que fue reproducido en el polémico folleto del PP.

La familia de El Chele, que suele pasar las tardes en la plaza del Camarón de la Isla, un lugar de encuentro



UNA FAMILIA POSTIZA Ifran Farruq (con jersey rojo) convive con sus dos compañeros de piso, paquistanís como él, en Sant Roc, donde pagan una hipoteca entre todos.

Muchos gitanos rumanos se han marchado del barrio últimamente a causa del rechazo social

tradicional, destapa el fondo del conflicto más reciente. Muchos gitanos españoles tienen la creencia de que los inmigrantes les «roban» las ayudas. Y si sucede, pero no por ser extranjeros, sino por ser más pobres. Al

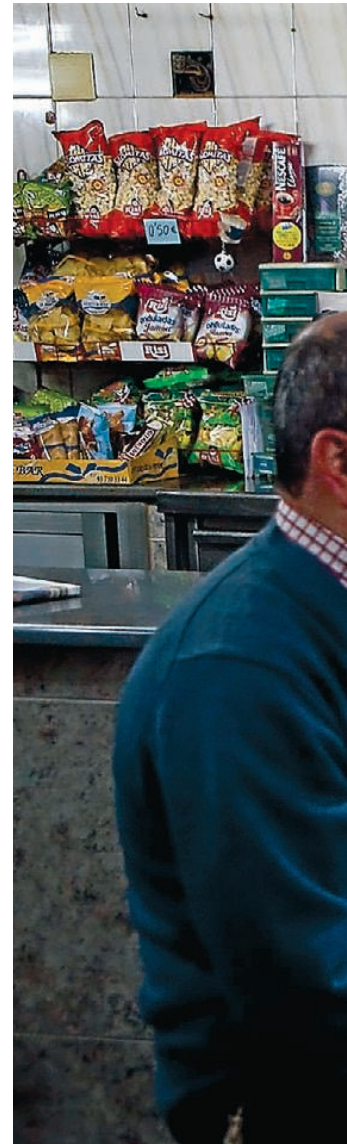
fin y al cabo, es un conflicto entre colectivos desfavorecidos. «Los gitanos no tenemos trabajo, lo estamos pasando mal y no nos ayudan. No hay dinero para nosotros, las asistentas sociales nos dan largas», cuenta un sobrino del conocido anciano.

La llegada de las familias rumanas ha transformado de forma profunda la vida social de Sant Roc. Las mujeres suelen pasar muchas horas del día en la plaza comiendo pipas mientras sus hijos corren por la plaza. Los hombres viven de la chatarra o de la construcción. Y algunos también del hurto, aunque al final todos acaban colgando con ese estigma. La desconfianza entre unos y otros au-

menta. «Me robaron hasta el contador del agua, como a muchos comercios de la zona. También me entraron a robar en el bar cuatro veces. La policía detuvo a dos hombres en mi local de madrugada. Quedaron detenidos y nunca más volvieron a entrar», explica José Giménez, dueño del bar Los 4 Ases.

Giménez relata una operación el día en que los Mossos d'Esquadra detuvieron a 15 gitanos rumanos acusados de robar bares. Un juez dictó la prohibición de entrada al municipio de todos los detenidos, pero la Audiencia de Barcelona anuló la medida por falta de pruebas.

En una plaza de Badalona, un



APERITIVO EN LOS 4 ASEES José Giménez y su esposa atienden a dos clientes sentados en la barra del bar que regentan.

grupo de gitanos rumanos celebra una reunión tras la muerte del padre de uno de ellos que no pudo acudir al entierro en Rumanía por la nube de cenizas que afectó los aeropuertos españoles esta semana. Sobre la mesa, Pepsi Cola, tomate, cebolla, pan y mortadela. Allí, todos insisten en que tienen trabajo, que viven de forma decente y que no están en el paro. «Escriba eso en el periódico: todos tenemos trabajo. Aquí todo bien, vivimos tranquilos, nadie se mete con nosotros, no tenemos miedo», asegura Marius. Tanto él como sus compañeros acceden a posar para este diario con una condición: que no se les acuse de ladrones.

Marius es uno de los pocos gitanos rumanos que todavía permanecen en Sant Roc. Muchos de sus compatriotas han optado por regresar a sus países expulsados por la falta de trabajo, también en cierta medida, por el rechazo vecinal que han sufrido en los barrios del sur de Badalona. Simona, una joven de 21 años, también regresará en tres semanas.



FERRAN NADEU



EVA PAREY

UN NIÑO MÁS Simona, que el viernes (pocos días después de que se tomara la foto) dio a luz en Can Ruti, con uno de sus tres hijos y otros dos familiares en el interior de la vivienda que comparte con otras tres familias.

Dio a luz este viernes en el hospital de Can Ruti y después volverá con su marido y sus dos hijos a su casa en Tandarei, donde tienen otros dos niños bajo el cuidado de los abuelos.

Simona, que creció en una familia nómada con 10 hermanos más, habla un castellano muy fluido, casi perfecto que aprendió en Rumanía viendo las telenovelas producidas en Latinoamérica. Lleva apenas seis meses en España, pero está harta. Quiere reencontrarse con su familia y que su marido trabaje allí en la

les, leche y cosas para los bebés. Yo he tenido mi bebé hace dos años y no me ha dado nada», explica la prima de Simona con un tono de lástima y alargando las últimas sílabas de las palabras.

Daniel, otro gitano rumano de ojos verdes, también regresará a Rumanía porque dice que la espera para operarse de la espalda en España es interminable. «No aguento el dolor. En Rumanía pago 1.000 euros y me atienden al día siguiente», dice.

Del resto de asuntos relacionados con la vida del barrio, el colectivo no suele emitir quejas. Al menos en público y en un primer contacto. Pero una vez ganada la confianza con sus interlocutores, afloran las inquietudes y los temores. Los gitanos rumanos, que se muestran confiados en cualquier rincón de Barcelona mientras recogen chatarra o mendigan, se sienten una minoría muy vulnerable en su propio barrio, donde a menudo son increpados en la calle.

La tensión crece entre los gitanos españoles y rumanos por obtener ayudas sociales. Es un conflicto entre desfavorecidos

construcción. En breve dejará definitivamente el piso de Sant Roc donde vive con otras tres familias. Cada una paga 200 euros por la habitación.

Los rumanos no se suelen quejar de los problemas del barrio, salvo cuando está de por medio alguna ayuda. «La asistente social nos dijo que nos daría ayuda para los paña-

Pasa a la página siguiente

TENSIÓN SOCIAL EN SANT ROC



LUGAR DE ENCUENTRO María Giménez, con su padre y su tío en una asociación de gitanos de Badalona.

Viene de la página anterior

Muchos gitanos rumanos de Sant Roc niegan su procedencia. «**Si, somos rumanas**», responde una mujer. «**No, somos de Bosnia, cerca de Rumanía, pero no somos rumanas**», corrige otra. El colectivo es consciente del estigma que llevan encima y por eso muchas mujeres cambian su nombre: casi todas dicen llamarse María. Muchos de sus vecinos las acusan, sin pruebas y por el mero hecho de ser rumanos, de dedicarse al hurto y de ser los responsables de la suciedad y la degradación del lugar. «**Sentimos que estamos viviendo en la periferia de Badalona. Falta limpieza, falta vigilancia, estamos olvidados, nos estamos convirtiendo en el Bronx de Barcelona**», se queja José Giménez, encargado del bar.

La bisagra inmobiliaria

Los gitanos rumanos se han instalado en Sant Roc gracias al apoyo de la comunidad paquistaní, que suele alquilarles los pisos. Los paquistanís, que han comprado un gran número de propiedades en Sant Roc, han sacado provecho de la comunidad rumana. «**Desde que llegaron, los precios de los pisos se han disparado. Luego metieron a los gitanos rumanos alquilados. Ahora no pueden pagar la hipoteca y han dejado muchos pisos vacíos que han sido ocupados a patadas**», comenta Ricardo Cortés, un vecino gitano de 46 años.

Casi todos ven a la comunidad pa-

quistaní como un colectivo tranquilo. Dicen sentirse a gusto en el barrio aunque no son ajenos a los problemas de convivencia en su entorno. Iqbal Yaveid, paquistaní de 38 años (8 de los cuales los ha pasado en Catalunya), soporta tan bien como puede los gritos de cada mañana en las escaleras y las plazas de Sant Roc.

«**Es muy difícil dormir porque trabajo por la noche y aquí la gente grita mucho por la mañana. No se usa el interfono. Se llaman a gritos**», comenta Iqbal, que vive con otros tres compatriotas que se han convertido en su nueva familia.

Su compañero, Ifran Farruq, dice sentirse a gusto en el barrio aunque añora la temporada que vivió en Barcelona, donde sentía más empatía con los vecinos. «**Nosotros nos parecemos a los catalanes. Somos tranquilos, no nos gusta molestar, ni hacer ruido, ni meternos con nadie. En Barcelona, todo el mundo me saludaba en la escalera. Aquí casi nadie me habla**», asegura Ifran.

Los paquistanís son conscientes de los problemas de Sant Roc, pero no se sienten en un barrio inseguro ni conflictivo. «**Aquí todo el mundo habla de robos, pero a mí nunca me ha pasado nada**», explica Iqbal.

¿Conflicto entre colectivos desfavorecidos? ¿Desconfianza entre etnias? La llama de la polémica social en Sant Roc fue reavivada hace pocos días por el presidente de la asociación de vecinos de Sant Roc y hombre de confianza del ayuntamiento, Diego Justicia. El dirigente, al que le quemaron el coche, dijo



EN LA PLAZA El rumano Marius (a la derecha) y su amigo se reúnen en una de las plazas del barrio de Sant Roc.

«**Vivimos en la periferia de Badalona, el ayuntamiento nos tiene olvidados**», afirma José Giménez

que el barrio vivía con miedo, pero «**a los autóctonos**».

Las declaraciones han crispado los ánimos de las familias españolas, payas y gitanas, que han visto en las palabras del líder vecinal un ataque que incita al odio social. Cuatro entidades gitanas de Badalona preparan

una manifestación frente al ayuntamiento el próximo 25 de mayo para pedir la renuncia del presidente de la asociación de vecinos.

Mientras tanto, otras entidades del barrio intentan calmar los ánimos e integrar, como pueden, a las comunidades recién llegadas. «**En la escuela hemos logrado que no haya diferencias. Los niños de Gambia, China, Ecuador, Pakistán y Rumanía son todos iguales aquí. Juegan, hablan catalán y estudian. Los problemas tal vez existen entre sus padres, pero no entre ellos**», explica María Giménez, una gitana de 27 años que trabaja en una escuela de Sant Roc y que colabora con actividades benéficas para los recién llegados. «**No vivimos en un gueto. Al-**

LAS CIFRAS

33.815

inmigrantes viven en la ciudad de Badalona, según los últimos datos del padrón municipal publicados en el 2009.

17%

de la población de Badalona es inmigrante. La mayoría de ellos residen en los barrios de Sant Roc, Artigues y La Salut.

5.765

paquistanís residen en Badalona. Este colectivo representa el 20% de los paquistanís que viven en la provincia de Barcelona.

gunos gitanos españoles critican a los rumanos porque son marranos o echan las cáscaras de las pipas al suelo, pero mi abuela, que también es gitana, dice que así eran los gitanos de aquí cuando llegaron del Somorrostro», cuenta María. A pesar de que las comunidades tienen una escasa relación entre ellas, en Sant Roc ya hay una pareja formada por una chica rumana y un gitano catalán.

Aceite caliente por la ventana

En las escaleras, sin embargo, los conflictos siguen. El cartel «**No queremos rumanos**» que colgaron un grupo de gitanos españoles en una escalera fue retirado hace pocos días. Al poco tiempo volvieron a instalar otro más grande: «**No queremos rumanos. La comunidad**». El cartel fue creado tras una discusión motivada por una familia de rumanos que, según los vecinos, echaba aceite caliente por la ventana: los acabaron expulsando en una pelea que requirió la intervención policial.

Hoy, muchos rumanos han decidido volver a su país y los paquistanís están vendiendo sus pisos, ahogados por las hipotecas. Los gitanos locales dejan de ser, poco a poco, una comunidad homogénea dominante y muchos han buscado una nueva vida en otros barrios. Los inmigrantes que se quedan aseguran que intentan lograr una buena convivencia. Tal vez algún día lo logren. Y quizá dentro de 40 años sus hijos comienzan a sentir miedo por una nueva ola de inmigrantes. ≡